Cultura

El Cazador de Suspiros

Por Salomón OLDAK

Es de noche. A la distancia se dibuja la silueta de un hombre con un paquete a las espaldas. Me acerco más; puedo oír chocar las botellas que van dentro. Sin duda se trata de un cazador de suspiros.

Le sigo de cerca. Caminamos por casi dos horas hasta que topo con una persona. Se le aproxima con cualquier pretexto. Por el ademán de las manos puedo adivinar pregunta la hora. Lo de siempre: cuando la víctima se distrae, cuando voltea a ver el reloj, le clava el cuchillo en la espalda. Inmediatamente saca del costal una nueva botella, la destapa; atrapa el último aliento del moribundo y tapa el frasco. Un suspiro más en su haber.

Tal vez me descubrió porque esta vez apresura el paso. Me es difícil ir rápido, pero no puedo perderlo. Al llegar a la esquina ya no lo veo; parece que ha escapado. ¿Derecha? ¿Izquierda? No está. Tomo la derecha. Bien, ahí va. Otra vez a la derecha. Entra al callejón.

Está escondido, debo ser cuidadoso. Voy hasta el fondo, y cuando volteo para salir me doy cuenta de su trampa: ¡Estoy acorralado!

—¿Quién eres?

—Nadie.

—Eso es lo que pronto serás si no me dices qué quieres.

—¿Eres un cazador de suspiros?

—Sí.

—¿uno famoso?

—No mucho.

—Veo que has logrado atrapar muchos, ¿puedo ver?

—Si ese es tu último deseo no tengo objeción. Ven, acércate. Este frasco guarda el de un general, este otro el de un magistrado, aquí está el de una virgen...

En un solo movimiento agarro el cuchillo que tengo escondido en el abrigo, y lo entierro en uno de sus costados. Apenas tengo tiempo para destapar mi botella y atrapar su último suspiro.

—Un cazador de suspiros con suerte —me digo a mí mismo—, con mucha suerte.